

La vida en singular

Josep M. Rodríguez

“Sextina”. La primera vez que escuché esta palabra fue en una clase de Pere Rovira. Él seguía persiguiendo chispazos de belleza y nos explicó en qué consistía aquella estrofa de origen medieval sirviéndose del poema “Apología y petición”, de Jaime Gil de Biedma. No recuerdo si fue ese mismo día o con posterioridad cuando afirmó que la sextina era la forma cerrada más difícil. Por entonces yo garabateaba mis primeros poemas y tomé buena nota.

La poesía de Pere Rovira es, principalmente, una poesía amorosa. Y cuando digo amorosa no estoy pensando sólo en la amada, sino también en su hija Emília o en la literatura. Porque muchos de sus poemas son una constatación de su amor a los libros. Teniendo todo esto en cuenta he escrito mi primera sextina —no se me ocurre un motivo mejor que este número de *Scriptura*—. Una sextina ociosa donde no faltan los pequeños homenajes: al ya mencionado Gil de Biedma, a Garcilaso, a Gertrude Stein, a Édith Piaf... Y, por supuesto, a Pere Rovira. Desde su título mismo: “La vida en singular”.

Con naturalidad, entra en la casa
la rosácea luz de otra mañana.
Te asusta que parezca tan sencillo.
Pero recuerda a Ausonio: esa rosa
también marchitará. Dalo por hecho.
Así que no malgastes ni una hora
del nuevo día. Ni una sola hora.

No hace mucho que vives en la casa
y todo te parece recién hecho,
como el pan que se vende en la mañana.

Miras el cielo. Sigue estando rosa.
¿El viento helado llegará sencillo
si ahora desayunas?

No es sencillo.

Así que te entretienes una hora
con pan, aceite y un tomate rosa
que ha crecido en el huerto de la casa.

Se va desperezando la mañana
mientras lees el diario. Cada hecho
te llena de tristeza por el hecho
de que el género humano no es sencillo.
Hay países que no tienen mañana.
Hay gobiernos que no marcan la hora.
Apología y petición.

 Mi casa,
al pasar la fregona, huele a rosa
que es una rosa y, sí, es una rosa.

Abres un libro, aceptando el hecho
de que en ningún lugar como en tu casa.
En tu cabeza el plan es bien sencillo:
vas a leer, al menos, una hora,
por no decir el resto de mañana.

¿Quién puede desear otro mañana
si, como en la canción, la vida es rosa?
La vida en singular tiene su hora
y tiene su lugar. Aunque, de hecho,
a veces no resulte tan sencillo
despertarse un domingo solo en casa.

La casa, perezosa, esta mañana.
El cielo, tan sencillo y tan de rosa.

Me faltas cada hora. Es un hecho.